

XII

La Providencia paterna de Dios

Para someternos a la voluntad de Dios más segura y perfectamente, queremos depender de María siempre y en todas partes.

Esta dependencia respecto de Nuestra Señora se manifiesta de muchas maneras, y reviste formas múltiples.

Hemos expuesto ya algunas de las formas de esta dependencia: vivir según las voluntades y los deseos de Cristo, dejarse conducir fielmente por la autoridad legítima, sobre todo la autoridad sobrenatural y religiosa.

Otra manera de manifestar nuestra sumisión a nuestra Madre y Señora amadísima, María, es aceptar humilde y apaciblemente todas las disposiciones de la Providencia divina.

Nada sucede, nada se produce en el mundo, absolutamente nada, al margen de la voluntad omnipotente de Dios. Nada se exceptúa a esta ley esencial: ni las reacciones ciegas e inconscientes de los minerales y de las plantas, ni las operaciones instintivas de los animales, ni los actos voluntarios de los ángeles y de los hombres. El mismo mal depende de la voluntad y de las decisiones divinas. Para hermosura del orden universal del mundo, Dios permite e incluso quiere el mal físico, y por lo tanto el dolor y el sufrimiento. El mal moral, el pecado, que como tal —como desconocimiento de sus leyes divinas— no proviene de Él, no puede producirse sin su permiso; el cual, evidentemente, no es por eso mismo una aprobación.

En definitiva, pues, todo viene de Dios: no puede estallar la guerra ni concluirse la paz, no se pueden producir las prosperidades de las naciones o las crisis económicas aparentemente insolubles, sin el permiso de Dios. Ningún hombre muere, ningún animal nace a la

vida, ninguna flor se abre, ningún pájaro canta, ninguna hoja cae del árbol ni ningún cabello de nuestra cabeza, sin la expresa disposición de la voluntad de Dios: en definitiva, todo viene de Él.

Ahora bien, puesto que todo ser obra, inconsciente o conscientemente, por un fin, es imposible que Dios, al suscitar todos estos seres o al permitir todos estos acontecimientos, no se proponga un fin. Este fin, en última instancia, es El mismo: la irradiación de su Ser, la comunicación de su Bondad, su gloria exterior, en definitiva: «*Todo lo ha hecho para Sí mismo*», dice la Escritura⁶⁰.

Pero hay muchos fines inmediatos e intermedios que deben conducir a la realización del plan divino, que apunta en última instancia a su propia glorificación. Dios intenta la perfección de cada ser, y por este medio realiza un orden mundial magnífico. Este universo espléndido, con todo lo que lo compone y todo lo que se produce en él, está destinado a procurar la felicidad temporal, pero sobre todo la perfección espiritual y la felicidad eterna del **hombre**. A su vez, el bienestar temporal, espiritual y eterno del hombre está ordenado a la glorificación de **Cristo** y de su Madre y Esposa espiritual inseparable, **María**. Y el reino y la glorificación de Cristo y de María deben conducir de manera inmediata a la mayor gloria del Padre, al reino de **Dios**.

Esta es la magnífica coordinación y subordinación de los valores y de los seres, fijada por San Pablo en una de sus frases sublimes: «*Todo es vuestro: ... el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro. Todo es vuestro; y vosotros, de Cristo y Cristo de Dios*»⁶¹.

⁶⁰ Prov 16, 4.

⁶¹ I Cor 3, 21-23.

Ahora bien, ordenar todos los seres y acontecimientos, aun los más humildes e insignificantes, a sus fines respectivos, inmediatos o último, es obra de la **Providencia** divina. Y la **ejecución** infalible de ese plan gigantesco, que abarca todos los mundos y todos los tiempos, pertenece al **gobierno** de Dios. Nada puede sustraerse a la dirección de esta sapientísima Providencia, ni resistir a este omnipotente gobierno: «*Señor Dios, Rey omnipotente, de tu potestad dependen todas las cosas, ni hay quien pueda resistir a tu voluntad... Tú eres el Señor de todas las cosas, ni hay quien resista a tu majestad*»⁶².

Hemos de retener aún otra verdad importantísima en este orden de cosas: la Providencia de Dios es una Providencia **paterna**. Cuando Jesús nos exhorta a una confianza total y a un abandono absoluto respecto de Dios, y nos propone los encantadores ejemplos de las aves del cielo que no siembran ni cosechan, y sin embargo son abundantemente alimentadas; de las flores de los campos, que no trabajan ni hilan, y sin embargo son vestidas más ricamente que el rey más poderoso, añade: «*No andéis preocupados..., pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso*»⁶³.

Dios es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos. Su Providencia está inspirada y conducida por su amor. Debemos estar convencidos de que todo lo que nos sucede es obra del Amor, y debe conducirnos a nuestra verdadera felicidad; pues, según el decir de San Pablo, «*todo concurre al bien de los que aman a Dios*»⁶⁴.

Como cristianos y como esclavos de amor, tenemos que cumplir aquí una misión muy importante para nuestra perfección:

⁶² Est 13, 9-11.

⁶³ Mt 6, 31-32.

⁶⁴ Rom 8, 28.

reconocer y aceptar en todas las cosas las disposiciones amorosas de la Providencia divina.

Como siempre, el cumplimiento de este cometido, la aceptación fiel y generosa de todas las disposiciones divinas, y el abandono total a su Providencia paterna, será facilitado considerablemente por el reconocimiento teórico y práctico de la gran y hermosa misión que le corresponde aquí a María. En el siguiente capítulo expondremos cuál es el papel de la santísima Madre de Dios en este orden de cosas.

Además de la Providencia paterna de Dios, creemos en la providencia materna de María.



XIII

La Providencia materna de María (I)

Después de estudiar la Providencia paterna de Dios, y antes de llegar a conclusiones prácticas para los esclavos de amor, debemos considerar la providencia materna de la Santísima Virgen María.

Es digno de notar —y se trata de una nueva y grandísima señal de su amor por nosotros— que Dios, que es la Causa primera y principal de todo lo que existe y de todo lo que sucede en el mundo, se sirve tanto como es posible de las creaturas para cumplir todas sus obras. Al sol le hace producir el calor y darnos la luz. Por las leyes naturales de la materia y de la gravedad hace mover, con ritmo invariable, los astros en el espacio inmenso. Se sirve del hombre y del animal para continuar extendiendo la vida en la tierra.

Es realmente una ley que El mismo se puso, una ley que también encuentra su aplicación en el orden de la Providencia.

El papel de la Providencia, como decíamos, es el de disponerlo y ordenarlo todo para alcanzar el fin de la creación y de la Redención: el fin último, que es la gloria de Dios, y todos los fines inmediatos y secundarios que deben conducir a esta última meta final.

Pues bien, Dios se sirve de los cálculos y combinaciones de los hombres para realizar los designios de su Providencia suprema. Cada hombre es, en cierto sentido, su propia providencia, porque estudia, reflexiona y combina para señalar su propio camino, elegir su medio, determinar los medios más aptos y eficaces para asegurarse el pan cotidiano, conservar o recuperar la salud, alcanzar la perfección, asegurar su salvación, etc.

El Papa para toda la Iglesia, el obispo para su diócesis, el párroco para su parroquia, cada sacerdote en su esfera de acción, son como providencias limitadas, instrumentos conscientes y voluntarios

de la Providencia infalible de Dios, para conducir las almas que les están confiadas a su santificación y salvación eterna.

En la familia, al lado del padre, la madre es la providencia de sus hijos. ¿No es conmovedor considerar esta actividad especial de la madre en el hogar? ¿Acaso una verdadera madre no está incesantemente ocupada en organizar, combinar y disponer mil cosas por el bien de sus hijos? Ella se esfuerza por preverlo todo: el bien para realizarlo, el mal para evitarlo. Sin lugar a dudas, la principal ocupación intelectual de la madre es tratar de proveer al futuro inmediato y lejano, espiritual y temporal de sus hijos.



Nos toca ver ahora sí y hasta qué punto nuestra divina Madre puede cumplir en el orden sobrenatural este papel de Providencia materna para con sus hijos.

Nuestra Señora está en el cielo. Allí goza en el grado más elevado de la visión inmediata y facial de Dios.

Ella contempla el ser infinito de Dios, y en El los seres y los acontecimientos de este mundo.

No dudaríamos en admitir en Ella, como lo admitimos en la santa Humanidad de Cristo, el conocimiento de todo lo que es objeto de la ciencia de visión en Dios, es decir, de todo lo que existió, existe y existirá, de todos los acontecimientos que se produjeron, se producen y se producirán en el universo.

En todo caso, según los datos generales de la teología, podemos y debemos admitir que Ella ve en Dios todo lo que le puede interesar de manera especial, todo lo que tiene algo que ver con su misión, todo lo que le es necesario o útil saber para cumplir perfectamente su misión de Madre de los hombres, de Distribuidora de las gracias y de Santificadora de las almas.

María es **Reina del Cielo y de la tierra**, Reina de toda creatura, del hombre en particular, y más especialmente aún de quienes se han consagrado a Ella y la han reconocido voluntariamente como su Dueña y Soberana. Conviene que esta Reina sepa lo que sucede en su reino. Conviene sumamente que Ella sepa lo que sucede alrededor de sus súbditos más amados, los hombres, y también dentro de ellos, puesto que su reino, como el de Dios, está sobre todo en el interior.

María es **Corredentora del género humano**. A este título es indudable que Ella desea saber, y debe también conocer, todo lo que puede favorecer o contrariar la aplicación de los frutos de la Redención en las almas.

María es **Madre de las almas**. ¿Acaso las madres no desean conocerlo todo en la vida de sus hijos, incluso las cosas más insignificantes? ¿Quién podría dudar desde entonces que esta Madre, que recibió la plenitud de la maternidad, siga con inmenso interés a cada uno de sus hijos, desee sondear hasta el fondo el secreto de su vida y de su conciencia, anhele conocer en detalle todo lo que de cerca o de lejos pueda influenciar su vida espiritual? Es más, ¿no debe Ella conocer todas estas cosas, para cumplir perfectamente su misión materna? Pues no debemos olvidar que esta Madre ha de intervenir casi en cada momento en la vida de sus hijos espirituales, que son y seguirán siendo siempre sus *pequeñuelos*, «*sicut parvuli*»
...

María, como **Mediadora de todas las gracias**, debe pedir por nosotros, destinarnos y aplicarnos en el momento oportuno toda gracia. Es indispensable, para que Ella pueda hacerlo, que conozca en detalle nuestras necesidades y dificultades, y todo lo que, ya en sentido favorable, ya en sentido adverso, pueda influenciar nuestra vida sobrenatural. Y nosotros sabemos que pueden influenciar nuestra vida espiritual, no sólo los grandes acontecimientos del mundo, como la guerra o la paz; no sólo los hechos importantes de

nuestra vida personal, como la salud o la enfermedad, la prosperidad o la miseria; sino también mil detalles insignificantes de nuestra existencia cotidiana, que sin cesar nos alientan al bien o entorpecen nuestros esfuerzos para llegar a la virtud y a la santidad.

Además, hemos de recordar que la Santísima Virgen no tiene sólo el cargo de cada alma en particular, sino que debe proveer también a las necesidades generales de la Iglesia y de toda la humanidad. Ella es Madre de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, y realmente Madre de toda la humanidad. Por eso, Ella no se preocupa sola ni principalmente por el bien personal de cada hombre, sino que vela por la prosperidad de toda la Iglesia, y apunta al reino de Cristo, el reino de Dios en el mundo. Todo lo que está en conexión con estos intereses de inmensa importancia, retiene su más viva atención y reclama sus más asiduos cuidados. Y todo lo que es capaz de conducir a ello o apartar de ello, no puede quedar sustraído a su mirada de Reina y de Madre.

De estas consideraciones podemos concluir con certeza que Nuestra Señora conoce y ve en Dios todo lo que nos sucede, todo lo que se pasa en nosotros y alrededor nuestro, los incidentes más humildes y los acontecimientos más graves, porque todo eso, incluso un día soleado, una palabra amable, una picadura de mosquito o una pinchadura de aguja, puede ser para nosotros la ocasión de progresos y de santidad, o de faltas y de imperfección.

Y lo que a menudo nos escapa a nosotros, no permanece oculto para Ella: Ella comprende el **porqué** de todo lo que sucede en nosotros y alrededor nuestro; pues Dios, como hemos visto, en todas sus disposiciones para con nosotros, persigue un fin, determinado por su Amor. ¡Comprendemos tan poca cosa de nuestra vida, sobre todo en el momento en que se producen los acontecimientos! Más tarde captamos a veces con alegría y agradecimiento el porqué de este encuentro, la meta de aquel fracaso, la bendición que fue para

nosotros tal prueba humillante. En el cielo estaremos asombrados al contemplar el encadenamiento maravilloso de todos los acontecimientos de nuestra vida, tanto los más graves como los más humildes, para la verdadera felicidad de nuestras almas. Nuestra divina Madre, por su parte, contempla desde el presente, y penetra a fondo los designios misericordiosos de la Providencia divina sobre nuestra vida. Ella ve cómo todos estos designios de amor y de misericordia se enlazan, como hilos de oro, en la trama de nuestra existencia, y cómo los acontecimientos más dispares e incoherentes en apariencia se funden en un todo armonioso y beneficioso. En todos los detalles de nuestra vida Ella discierne los fines inmediatos y remotos que la amorosa Providencia de Dios se propuso en todo esto.



La Santísima Virgen no sólo conoce todas las disposiciones de la divina Providencia para con nosotros, y el modo como deben concurrir al bien de nuestras almas y al reino de su Hijo; sino que, de toda evidencia, Ella adhiere a estos designios, Ella aclama en su corazón estas voluntades, porque su voluntad está totalmente conformada, entregada y abandonada a la santa y adorable voluntad de Dios.

Además —no hay nada más cierto— Ella desea que también sus hijos acepten todas estas decisiones del amor divino, y se sometan a ellas total y generosamente, sin restricción.

Ella se identifica, por decirlo así, con estas disposiciones de la voluntad divina, las hace suyas, nos las impone también con toda su autoridad real y materna, y las convierte en un campo nuevo de dependencia amorosa que nosotros le hemos prometido por nuestra santa esclavitud, y que de muy buena gana queremos manifestarle.

Podemos ir más allá de estas consideraciones y preguntarnos hasta qué punto hemos de reconocer a Nuestra Señora una cierta influencia sobre la marcha de nuestra vida y sobre los grandes acontecimientos del mundo. Será el tema de nuestro próximo capítulo.



Desde ahora nos volvemos hacia Aquella que es la Madre de la divina Providencia, porque es Madre de Dios; hacia Aquella que puede ser llamada muy justamente nuestra providencia materna.

Es para nosotros una incomparable seguridad, Madre, que el Dios de amor lo conozca y disponga todo en nuestra vida. Es también para nosotros una gran alegría saber que toda nuestra existencia, con sus bendiciones y alegrías, con sus luchas y pruebas, esté encerrada y sea como llevada en tu Corazón materno, y que Tú lo conozcas todo en esta vida, el pasado, el presente y el futuro.

Por consiguiente, querríamos decir valientemente nuestro *fiat* en todo cuando nos sucede. Este *fiat* lo cantaremos a veces en el tono mayor de la alegría y del agradecimiento; otras veces lo pronunciaremos en la gama menor de la paciencia y de la resignación; pero plenamente abandonados repetiremos siempre la palabra de la aceptación y de la dependencia...

Con Jesús queremos repetir: «*Ita, Pater*»: ¡Está bien, Padre! ... Está muy bien así, porque sabemos que todo viene de tu amor, y a él conduce.

Pero también queremos decir: «*Ita, Mater!*»: Sí, Madre, está muy bien así, porque **Tú** lo aceptas por mí, porque Tú también me envías y me impones todo esto, Tú, la mejor y la más tierna de todas las madres...

XIV

La Providencia materna de María (2)

La Santísima Virgen conoce y ve en Dios todos los acontecimientos, humildes o importantes, que nos rodean y nos suceden.

Ella discierne claramente los lazos de estos acontecimientos con el reino de Dios, con nuestra perfección y nuestra salvación.

Todas estas cosas Ella las acepta con sus inmortales disposiciones de *Ancilla Domini*.

Como Madre y como Reina, Ella espera que también nosotros nos sometamos con amor a todas estas decisiones de la Providencia divina.

Hemos considerado todo eso. Y de este modo ya podemos ver la voluntad y la dirección de María en todo lo que nos sucede, en los grandes acontecimientos que cambian la faz del mundo y en los más humildes detalles de nuestra vida cotidiana.

Ahora podemos y debemos ir más lejos, y plantearnos la siguiente pregunta: ¿Tiene la Santísima Virgen alguna influencia en los acontecimientos que nos contristan o nos alegran, que nos son ocasión de progreso o de retroceso? ¿Ejerce Ella alguna acción en la orientación de nuestra vida, y cuál? ¿Es Ella causa de que nuestra vida esté ordenada de tal o cual manera, tanto en sus circunstancias más graves como en las más humildes? ¿Puedo pensar que Nuestra Señora misma lo organiza y dispone todo en mi existencia, y ver así de manera más neta y positiva su providencia en todo lo que me sucede?

Nuestros buenos cristianos, nuestros esclavos fervorosos de la Santísima Virgen, así lo creen.

Y nosotros no debemos subestimar el sentimiento del piadoso pueblo cristiano.

En efecto, entre los criterios de la verdad revelada, entre las fuentes de conocimiento de la doctrina sobrenatural, la teología cuenta con el sentimiento general del pueblo cristiano. Si se puede establecer que en una determinada época la unanimidad de los fieles adoptó como verdad tal o cual punto de dogma o de moral, se prueba por el mismo hecho que este punto de doctrina ha sido efectivamente revelado por Dios y es conforme a la verdad. Y es notable que en el transcurso de los tiempos el «sentido cristiano» tuvo razón más de una vez contra los más graves y los más sabios teólogos.

El santo bautismo pone en nuestras almas potencias secretas e increíbles. Los dones del Espíritu Santo se encuentran entre las más misteriosas de estas potencias. Son como instintos sobrenaturales, que fuera de todo razonamiento, como por intuición, nos hacen discernir en el orden sobrenatural lo verdadero y lo falso, y gustar lo que es bueno o malo.

No quiere eso decir que en el caso presente pretendamos atribuir la infalibilidad a la convicción instintiva de un cierto número de fieles. Pero el hecho merecía ser subrayado: nuestros buenos esclavos de la Santísima Virgen, simples cristianos, rectos y fervorosos, atribuyen a esta divina Madre una intervención habitual en la disposición de su vida. Se les escucha decir frecuentemente: *«Nuestra Señora lo ha querido así... La Santísima Virgen lo ha permitido... Nuestra divina Madre lo ha dispuesto así...»*.

San Luis María de Montfort, que como recordamos, no fue sólo uno de los servidores más fervorosos y uno de los apóstoles más ardientes de María, sino también, en materia mariana, uno de los pensadores más profundos, uno de los doctores más notables que el mundo haya visto; San Luis María de Montfort cree también en una

providencia materna efectiva de la Santísima Virgen, y en una influencia real de su parte en la disposición de nuestra vida. En efecto, escribe: *«Ella espía, como Rebeca, las ocasiones favorables para hacerles bien, engrandecerlos y enriquecerlos. Como ve claramente en Dios todos los bienes y los males, los sucesos favorables y los adversos, las bendiciones y las maldiciones de Dios, dispone Ella las cosas desde mucho antes para librar de toda clase de males a sus servidores, y para colmarlos de toda clase de bienes; de suerte que, si hay algún buen lucro para realizar, en Dios, por la fidelidad de una criatura en algún alto cometido, es seguro que María procurará esta ventura para alguno de sus buenos hijos y servidores, y le dará la gracia para llevarlo a cabo con generosidad»*⁶⁵.



Las almas marianas, sobre todo la de Montfort, tienen razón.

Pero ¿cómo explicar esta intervención «providencial» de Nuestra Señora en nuestra vida?

Nos parece que la Mariología, es decir, la exposición sistemática de la doctrina mariana, sobre todo cuando se trata de la misión y de los derechos de la Santísima Virgen para con las almas, podrá y deberá hacer aún grandes progresos, y habrá que estudiar y profundizar una gran cantidad de verdades para poder formularlas de manera clara y precisa.

El punto que estamos tratando en este momento es una de estas verdades que no es fácil determinar netamente y formular exactamente. No debemos exagerar nada. Pero menos aún, al tratarse de las prerrogativas marianas, debemos quedarnos por

⁶⁵ Tratado de la Verdadera Devoción n. 203.

debajo de la verdad, y minimizar los derechos y la misión de Nuestra Señora, como tienen tendencia a hacerlo ciertos «sabios».

Desde toda la eternidad Dios fijó el plan de nuestra vida con todos los acontecimientos que deben producirse en ella, y con todas las influencias que en ella deben ejercerse. Este plan está consignado de manera imborrable e inmutable en el gran Libro de la vida que es Dios mismo. Nuestra Señora conoce y contempla este plan en todos sus detalles. Ella, pues, no tiene que disponer de nuestra vida en el sentido en que debiera imaginar de qué manera Ella nos haría escapar de tal peligro, o hacernos llegar a tal grado de progreso espiritual, etc.

Este plan divino es un plan elaborado en todos sus detalles, y prevé y determina todas las influencias que han de contribuir a realizarlo. Y entre todas estas influencias, la de la Santísima Virgen es incontestablemente, después de la de Dios y de Cristo hombre, la más poderosa y vasta, y por libre voluntad de Dios, la más indispensable.

Esta influencia, que Dios ha puesto como condición de sus designios de amor sobre nosotros, la Santísima Virgen debe ejercerla al menos por su intercesión todopoderosa.

El plan de la Providencia paterna de Dios sobre este joven sacerdote misionero, por ejemplo, era que, por la oración de María, fuese colocado desde su más tierna edad en una escuela apostólica, donde estaría al abrigo de los peligros; que también allí, por la intercesión de la Santísima Virgen, encontrase a santos sacerdotes que, por sus enseñanzas y sus ejemplos, lo ayudasen a caminar por las sendas de la virtud; y que cuando, en la edad crítica, su vocación se viese en peligro, por la intervención de Nuestra Señora, el pensamiento de un padre virtuoso lo retuviese en su vocación sublime.

Ese era el plan de Dios, pero su realización la hizo depender de los cuidados incesantes y de las oraciones preciosas de su

santísima Madre. Y de este modo podemos decir que la Santísima Virgen lo dispone todo en nuestra vida, en el sentido de que la ejecución de los infalibles designios divinos depende de sus oraciones, y por lo tanto de su consentimiento y de su cooperación.

La providencia materna de Nuestra Señora es una consecuencia, una manifestación y una forma de su Mediación universal de las gracias, y de su incontestable misión de santificar a las almas y formarlas en Cristo.

Esta providencia materna se extiende tan lejos como su mediación. Abarca todo lo que de cerca o de lejos se relaciona con nuestra perfección y salvación eterna. Por lo tanto, no comprende solamente lo que de suyo es sobrenatural —la comunicación en tiempo oportuno de la gracia santificante y actual, la recepción de los sacramentos, etc.—, sino también todas las cosas naturales que están en conexión con nuestra vida espiritual. De este modo, debemos a la providencia materna de María el haber nacido de padres cristianos, el haber recibido de ellos una educación esmerada, el haber vivido en tal entorno, el haber tenido tales maestros, el haber recibido tal medida de bienes temporales que nos permite tender más apaciblemente a una vida cristiana más perfecta.

La influencia de nuestra divina Madre, como observa Montfort, se ejerce en un doble sentido. Ella coloca en nuestro camino a las personas y las cosas que deben facilitarnos la ascensión hacia la virtud. Y Ella aparta de nosotros todo lo que hubiese sido un obstáculo para nuestra vida cristiana, o también neutraliza estas influencias nefastas por otras influencias beneficiosas.

Por otra parte, hemos de reconocer su acción materna, no sólo en lo que nos place y nos alegra, como la salud, la prosperidad material, los consuelos del corazón, etc., sino también, y más aún, en el sufrimiento y en la prueba. Pues la cruz y el sufrimiento son aún

mayor gracia, generalmente hablando, que el gozo y la prosperidad. En efecto, la divina Madre debe hacernos conformes con la imagen de su Hijo crucificado; y sólo por medio de muchas tribulaciones podemos entrar en el reino de Dios. Por eso, también nos viene del Corazón de nuestra Madre esta humillación penosa, este fracaso miserable, tal enfermedad dolorosa, tal separación desgarradora...

Acordémonos además de que la influencia de su providencia materna se extiende, por supuesto, a las grandes líneas de nuestra vida: nuestra vocación, el medio en que vivimos, la educación que hemos recibido, etc.; pero también a las cosas más insignificantes, a lo que tal vez consideramos como despreciables minucias. Jesús nos da la certeza de ello por lo que a la Providencia paterna de Dios se refiere, cuando nos asegura, de manera muy sugestiva, que incluso los cabellos de nuestra cabeza están contados, y que ni uno solo de ellos cae sin el permiso de nuestro Padre que está en los cielos. También nuestra Madre —¿no es lo propio de la mujer y de la madre?— se ocupa de los más mínimos detalles de nuestra vida, cuando tienen alguna relación con nuestra santificación. ¿Y qué hay que excluir de esta solicitud materna, cuando se piensa que la menor palabra puede a veces alentarnos o abatirnos, que una mirada furtiva puede ser ocasión de tentación o de educación, que una picadura de mosquito puede echarnos en la impaciencia, que una sonrisa de niño o un canto de pájaro puede a veces volvernos a impulsar hacia el bien?

Ya lo vemos: nada o casi nada de lo que nos rodea y de lo que nos sucede puede sustraerse a la providencia materna de Nuestra Señora. Y aunque es cierto que no siempre podemos determinar y separar fácilmente las influencias subordinadas, y sobrepuestas unas a otras, que se ejercen en nuestra vida: Dios, Cristo, la Santísima Virgen; y aunque nos encontremos aquí de lleno en esta atmósfera de misterio que rodea todo el orden sobrenatural; sin embargo, eso

no es un motivo para dudar de la realidad y de la extensión de la providencia materna de María.

Todas estas consideraciones, como tendremos ocasión de exponerlo más ampliamente en uno de los próximos capítulos, determinarán nuestra actitud de esclavos de Jesús en María. Nuestras disposiciones habituales de total abandono frente a los acontecimientos de Providencia se verán fortificadas y facilitadas incontestablemente por el pensamiento de que todo lo que nos sucede y todo lo que nos rodea nos es destinado por nuestro Padre que está en los cielos, pero al mismo tiempo proviene del pensamiento y del Corazón de la más amante y misericordiosa de las madres.



XV

¡Amén! ¡Así sea! (I)

Hemos hablado de la Providencia paterna de Dios y de la providencia materna de María. Nada sucede en nuestra vida, absolutamente nada, que no sea querido o permitido por Dios, y que, en sus designios de bondad y de amor, no apunte y tienda a nuestra salvación y a nuestra santidad.

María conoce claramente todas las disposiciones divinas, incluso en la relación que tienen con la realización de nuestro destino. Ella adhiere a todo esto con una sumisión llena de respeto y amor, y pide a sus hijos y esclavos de amor que se entreguen totalmente a estas voluntades divinas, y las acepten con filial sumisión.

La Santísima Virgen, además, ejerce una gran influencia en nuestra vida. Los acontecimientos y las circunstancias que se ordenan a facilitar y realizar nuestra formación en la vida cristiana íntegra y seria, se deben a su intervención, que se da al menos bajo forma de oración.

Por lo tanto, una de las formas más importantes de nuestra sumisión a Dios y a la Santísima Virgen, o de esta esclavitud interior de que habla San Luis María de Montfort, es aceptar valientemente, con agradecimiento y alegría de voluntad, todos los acontecimientos, importantes o mínimos, que se escalonan a lo largo de nuestra vida y de cada uno de nuestros días.

Seamos concretos, seamos consecuentes en la práctica de la santa esclavitud de amor. Sepamos reconocer teórica y prácticamente la voluntad de Dios y de nuestra Madre dondequiera que esta voluntad se manifieste. No nos detengamos, como se hace demasiado a menudo, en las causas inmediatas y creadas de los acontecimientos que nos contristan o alegran, ya sea para apegarnos a ellas, ya sea para odiarlas y maldecirlas. Por encima de todos estos

factores, dotados o privados de razón, veamos el decreto de Dios que quiere o permite todas estas cosas. Busquemos también y siempre en ellas la influencia de nuestra Madre divina, que dispuso y obtuvo estos acontecimientos para nosotros.



Lo que tenemos que hacer, pues, es aceptar con docilidad perfecta y abandono absoluto a las directivas de Dios y de su santísima Madre, todas las circunstancias, todos los acontecimientos de nuestra vida, los más humildes como los más importantes, los más tristes como los más alentadores. Todo eso forma parte de las disposiciones paternas de Dios para con nosotros, y también de la formación materna que Nuestra Señora impone a nuestra alma.

Parece que no es nada, pero en realidad es algo grande, y a veces difícil, decir: *¡Amén! ¡Así sea!*

En música hay obras maestras que fueron compuestas solamente sobre el tema de algunas notas, dos o tres a veces. Estas pocas sílabas bastarían para hacer de nuestra vida una obra maestra de santidad, si supiésemos repetirlas siempre con las disposiciones oportunas; si supiésemos decir: *¡Amén! ¡Así sea!*, a todo lo que Dios y su divina Madre deciden y permiten en nuestra vida. Es impresionante que Montfort no pida otra gracia: «*La única gracia que os pido, por pura misericordia, es que cada día y en cada momento de mi vida, diga tres veces AMÉN, ASÍ SEA, a todo lo que habéis hecho sobre la tierra cuando vivíais en ella; ASÍ SEA a todo lo que hacéis al presente en el cielo; ASÍ SEA a todo lo que hacéis en mi alma*»⁶⁶.

Este *¡Amén! ¡Así sea!*, lo murmuraremos con agradecimiento cuando, por la solicitud de nuestra Madre, se abran a lo largo de

⁶⁶ Oración a María en «El Secreto de María».

nuestro camino flores de bondad y de amistad; cuando resuenen en nuestros oídos cánticos de alegría; cuando la hermosa luz de la dicha y de la prosperidad venga a solear nuestra vida.

Este *¡Amén! ¡Así sea!*, lo repetiremos frecuentemente cuando se nos prodiguen pequeñas alegrías o modestos alientos; por un hermoso libro que leemos, por una hora reconfortante que pasamos en amable compañía, por una buena palabra que nos impresiona, por un espectáculo edificante que nos es dado contemplar. Un *Amén* de agradecimiento subirá de nuestro corazón por un encuentro inopinado y beneficioso, por un mensaje alentador que se nos ha comunicado, por la solución inesperada de alguna dificultad, por un canto de pájaro que nos regocija, por una mirada de niño que nos conmueve, por un magnífico paisaje que admiramos, por una puesta de sol que nos maravilla... Todo eso viene de Dios. Todo eso viene también, en cierto sentido, de María. Estas son, entre mil otras cosas parecidas, las atenciones, las maternalísimas y delicadísimas atenciones que tiene para con nosotros Aquella que es mil veces más Madre que todas las madres de la tierra; de Aquella que por medio de estas cosas quiere hacernos sentir que Ella vive, que Ella nos ama, que Ella no nos olvida, y que Ella está cerca de nosotros para conducirnos a través de nuestra existencia.

Este *Amén* de la alegría y del agradecimiento se convertirá en ciertos días en un *Magnificat* triunfal, por ejemplo, a la vista de la hermosura arrebatadora de un niño, de **tu** niño que acaba de revestirse en el bautismo con los esplendores de la gracia y de la vida misma de Dios; en el primer encuentro de un alma pura con Jesús Eucaristía; ante la aplastante grandeza de un nuevo sacerdote, hermano tuyo, hijo tuyo. En ciertos días este *Amén* se prolonga, se dilata, se transforma en un cántico de exultación, en esos días en que tempestades de alegría parecen conmover las profundidades de nuestra alma; cuando repentinamente el plan de Dios sobre tu vida se revela a tu alma, y comprendes la acción de la bondad infinita de

Dios en ti y la solicitud infinitamente materna de María en toda tu existencia; o cuando has podido saborear durante algunos instantes la infinita dulzura del amor de Dios y de la presencia de Jesús en ti, y parece que toda la felicidad del cielo ha descendido de repente en tu alma... Repetiremos entonces con emoción indecible el *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*. Pero al mismo tiempo balbuciremos también, con un alma estremecida de felicidad y gratitud: ¡Amén! ¡Así sea!: ¡Gracias, Madre, gracias por todo! ¡Qué buena eres, indeciblemente buena y materna!



Schnorr von Carolsfeld Julio, 1819, "Las Bodas de Caná", Museo Kunsthalle, Hamburgo, Alemania.

XVI

¡Amén! ¡Así sea! (2)

Este *Amén* trataré de decirlo también con valentía y energía en el sufrimiento y en la adversidad, para las cruces de toda clase y dimensión, de toda pesadez y duración.

¡Amén! ¡Así sea!, cuando me dirijan una palabra dura, cuando me hiera un gesto indelicado, cuando me aflija un juicio injusto, cuando se produzca un malentendido penoso con mis familiares o vecinos, cuando la comida no sea a mi gusto o cuando vengan a turbar mi descanso; *¡Amén! ¡Así sea!*, cuando me vea contrariado en mis cálculos, cuando un pequeño incidente o nadería turba el orden que había soñado para mi trabajo, y eche a perder mi día. No, en esos momentos no quiero enfadarme ni refunfuñar, ni dejarme llevar por la ira o mal humor. ¡Rápido, una mirada a María! Ella lo ha dispuesto así para mi bien y progreso espiritual. *¡Amén! ¡Así sea!*, mi buena Madre... Voy a poner a mal tiempo buena cara, y nadie sospechará que en el fondo de mi ser amenazó prevalecer el descontento o la rabieta...

¡Amén! ¡Así sea! Tu **salud** está quebrantada, tus fuerzas están destrozadas. Y sin embargo tus ocupaciones, tu deber de estado, parecían exigir una salud robusta. A consecuencia de esta enfermedad tu hogar va a quedar en completo desconcierto: vas a sufrir la pobreza, y los tuyos contigo. Échate en los brazos de tu Madre. «No comprendo, Madre, no puedo ni debo comprender. Sé solamente que también esta prueba me viene de tu amor materno y de la paterna Providencia de Dios. Por eso me abandono a Ti, y repito con voluntad plenamente sumisa: *¡Amén! ¡Así sea!*».

¡Amén! ¡Así sea! Vives con un marido que te parece insoportable. Es buen cristiano, y también tiene buena voluntad, pero no llegáis a comprenderos. Vuestros caracteres son demasiado divergentes. Es un sufrimiento de cada momento, y hay choques a

cada instante. «Madre, es duro, durísimo; en ciertos momentos me parece que ya no puedo soportar por más tiempo esta situación. Pero quiero creer que Tú has consentido a esta vida para mí, un purgatorio en la tierra, para que, por medio de este camino, y no otro, merezca el cielo. Me cueste lo que me cueste, quiero repetir con la voluntad mi *Amén*: sí, así sea por todo el tiempo en que con tu Jesús lo juzgues oportuno».

¡Amén! ¡Así sea! Había soñado con una vida tan distinta... Había soñado en vivir con Jesús en su misma morada, como su humilde esposa, y me es imposible dejar el mundo... Había esperado consagrar mi vida a proyectos artísticos, y la paso en ocupaciones tan vulgares... Había esperado de mi apostolado frutos maravillosos, conversiones numerosas, una influencia vasta y profunda sobre las almas, y debo conformarme con resultados tan modestos... Había pensado ocupar un lugar importante en el mundo, jugar en él un papel de primer plano, y mi existencia se arrastra en medio de un entorno deprimente y en circunstancias tan prosaicas... *Amen, o Mater et Domina...* Así sea, Madre y Señora amadísima; no me toca mandar, sino obedecer y seguir.

¡Amén! ¡Así sea! Nada te sale bien. Eres lo que se llama un ave de desgracia. La preocupación del pan cotidiano pesa angustiosamente sobre ti. Todas tus empresas se ven condenadas al fracaso. Te parece que todas las cruces y pruebas te están destinadas a ti... Acuérdate del precio de la cruz y del sufrimiento que, por la oración de su Madre, Dios pueda enviarte. Cree sobre todo en la providencia materna de María para contigo. Jesús y María disponen de todo, a fin de cuentas, para tu mayor bien. Y cuando en ciertos momentos demasiado dolorosos tengas que gemir como Jesús en su agonía: «*Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*», no dejes de añadir: «*Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*».

¡Amén! ¡Así sea! Tenías un hijo, del cual todos decían que era un ángel, y que te era querido como la pupila de tus ojos, al igual que tu corazón y tu alma; un hijo que habría vivido verosímilmente en la piedad y en la virtud, que habría sido tu consuelo y tu sostén en los días de tu vejez. Y el ángel de la muerte te lo ha arrebatado... La flor ha sido cortada de su tallo, y el hijo arrancado de los brazos de sus padres. ¿Cómo es posible, Señor, que pidas semejantes sacrificios, e inflijas semejantes heridas a un corazón de padre o de madre?... Pero no, Señor, no he dicho nada: el dolor me estaba haciendo delirar. ¡Madre, *fiat!* Quiero creer firmemente, sin comprenderlo, que así es mejor para el reino de Dios, para mi hijo y para mi alma: *¡Amén, así sea!*, ¡Providencia de mi Dios, providencia de mi Madre!

¡Amén! ¡Así sea!... O bien el hijo que habías pedido y alcanzado por tus oraciones, que antes de su nacimiento ya habías consagrado a María, que en tu regazo había aprendido a pronunciar con amor los dulces nombres de Jesús y de María, que para su educación habías confiado a sacerdotes o a religiosas; este hijo, por el cual habías velado con precauciones infinitas, por el cual habías rezado y sufrido noche y día; este hijo, precisamente este, se adentró en los caminos de la perdición. Es un hijo pródigo, que ha pisoteado su honor y su religión; en la licencia malgasta vergonzosamente su dinero y sus fuerzas, y te haría morir de tristeza... Por muy terrible que pueda ser esta prueba, también es, no querida, pero sí permitida, por Dios y por su santísima Madre, para que tu vida sea tanto más pura y generosa cuanto más vil y vergonzosa es la de tu hijo amado. Esta alma, al menos en el último minuto, se salvará por tus oraciones y sacrificios. Sigue esperando esta hora con paciencia y confianza, y con un corazón quebrantado repite a la Madre de los dolores y al Refugio de los pecadores: *¡Amén, así sea!* ¡Madre, ven en mi ayuda, salva a esta alma, y haz que mi hijo vuelva a los brazos de tu Hijo!

Un día nos sentiremos abatidos definitivamente... Un día vendrá a llamar a nuestra puerta la más terrible mensajera de la

voluntad de Dios y de María: ¡la muerte! En esos momentos nos acordaremos de que somos de Dios y de Ella, y que les hemos reconocido todo derecho sobre nosotros. Calmos y resignados, con amor y confianza, acogeremos la muerte, y con gratitud y alegría de voluntad diremos nuestro último *Amén, así sea*, a la última disposición que Jesús y María hayan tomado respecto de nosotros en esta tierra...



En gran parte, como lo hemos comprendido, la práctica que detallamos aquí consiste en **llevar nuestra cruz** en dependencia de la santa voluntad de Dios y de las decisiones de la Santísima Virgen para con nosotros. Permítasenos aún dar, sobre este tema, las siguientes recomendaciones:

1º De las manos de Dios y de su santa Madre hemos de aceptar **todas** las cruces, **sobre todo las menores, las más insignificantes**. No tenemos ocasión muy frecuente de sufrir pruebas graves. Ante todo, reconozcamos, y luego aceptemos la cruz de Jesús en las mil contrariedades de cada uno de nuestros días. Debemos decir nuestro *Amén* por un dolor de cabeza, por un ruido molesto, por un ladrido irritante, por una conversación aburrida, cuando nuestro trabajo no adelanta, cuando no se tiene en cuenta una recomendación que habíamos hecho, etc. Todo eso, en definitiva, viene de Ellos.

2º Hemos de reconocer y aceptar respetuosamente la cruz venga de donde venga, cualquiera que sea la causa inmediata que nos ocasiona el sufrimiento. Puede provenir de seres razonables o de creaturas sin razón, de los ángeles o de los demonios, de hombres perversos o de hombres piadosos. En resumidas cuentas, reconozcamos la cruz como impuesta por Dios y su dulce Madre incluso en las tentaciones de Satanás, en las inclemencias del tiempo,

en los disgustos que nos provocan los caprichos y a veces la malicia de los hombres o su concepción singular y deformada de la piedad y de la virtud. Todo eso es la cruz que nos envía y presenta, en última instancia, el amor de Dios y de Nuestra Señora. Todo eso debe ser aceptado, y es materia de nuestro *¡Amén, así sea!*

3º Este *Amén* podemos y debemos decirlo para el sufrimiento de que nosotros mismos somos causa, cuando es imputable a nuestra torpeza, a nuestra falta de previsión o de cuidado, a nuestras faltas, en definitiva; cuando, por ejemplo, sufrimos dificultades ocasionadas por los defectos de nuestro temperamento. Podemos y debemos aceptar como cruces preciosas y meritorias estas consecuencias penosas de nuestras faltas y defectos.

4º Hay diferentes grados en el modo de aceptar meritoriamente, de manos de Jesús y de María, lo que hemos recordado ser nuestra «cruz». Lo menos que se puede hacer, y ya es meritorio si se lo hace por un motivo sobrenatural, es no quejarnos, no murmurar, ni siquiera interiormente, ante las pruebas pesadas o ligeras que nos son enviadas. Es la aceptación **pasiva** o tácita de la cruz y del sufrimiento. Pero vayamos más lejos. Pues es mejor producir un **acto positivo** de aceptación del sufrimiento, repitiendo formalmente nuestro *¡Amén, así sea!*: «Mi buena Madre, quiero lo que Tú quieres, como Tú lo quieres, y tanto tiempo como Tú lo quieras». Por fin, lo más perfecto es aceptar nuestra cruz con gratitud y alegría de voluntad. Tal vez sintamos vivamente el dolor físico o moral; pero **por la voluntad**, y eso basta, añadamos a nuestro *Amén* un enérgico «*Deo gratias et Mariæ*»: ¡Gracias, mi buena Madre! Por nada querría verme privado de esta cruz.

Esto es lo que hay de mejor y de más elevado. Y ¿qué hijo y esclavo de María no desea tender a estas cumbres radiantes?